

¿CONTROVERSIA ESCANDALOSAS?

A CABO de leer en la revista *Concilium* un artículo de uno de los teólogos holandeses más en punta, el jesuita Padre Schoonenberg.

Es un teólogo crítico; de esos pensadores que no se conforman con repetir lo que han oído, sino que quieren llevar a un grado de coherencia razonable, sin prejuicios, lo que la Iglesia hace y vive.

Cuando leía, hace pocos meses, uno de sus mejores libros, «El mundo de Dios en evolución», me chocó su modo de razonar: se parecía mucho al de tantas personas que no pretenden, ni han pretendido jamás, ser teólogos, y cuyo sentido crítico, sin embargo, les lleva a plantearse y replantearse multitud de cuestiones del catolicismo, sin encontrar a veces respuestas satisfactorias. ¿Por qué esto?

La razón es sencilla: hay en el mundo bastantes hombres y mujeres cultos, que se han acostumbrado a razonar metódica y profundamente. La vida de la economía, del arte o de la ciencia, les ha llevado a un grado de «madurez», que pretenden —con toda legitimidad— aplicar a su vida religiosa, si creen, o a sus preocupaciones religiosas, si no creen.

Ya no son como aquellos polemistas anti-católicos obsesionados por coger en falta a cualquier eclesiástico o seglar católicos, y recrearse en una discusión bizantina, llena de sofismas y paradojas. Es otra su actitud.

Su manera de razonar se caracteriza por la serenidad y el deseo de diálogo. No pretenden avasallar al creyente ingenuo: querían saber, y saber razonablemente; comprender sus puntos de vista y conocer —sin ninguna animadversión— cómo los justifica.

Y opino que todo hombre «maduro», creyente o incrédulo, adopta en el fondo la misma postura del teólogo crítico Schoonenberg.

No pretenden, ni el uno ni el otro, partir de unos principios religiosos abstractos, que se quieren imponer autoritariamente a la mente del creyente. Quieren partir de la vida real del hombre que cree y vive su creencia con autenticidad. Pero partir para reflexionar seriamente lo que él vive y experimenta, valorando lo positivo de sus propias creencias.

Empezamos así a comprender la Iglesia como la entendió todo el pensamiento cristiano oriental, según nos lo descubrió en el Concilio el Arzobispo Edelby, auxiliar del Patriarca Maximos IV.

Jesús —el fundador del cristianismo— no crea la Iglesia como si fuera una pirámide clerical. Lo primero que hace Cristo no es instituir la Jerarquía con un Papa a su cabeza, sino dar la fe a los bien dispuestos. Descubrir, a los que pretenden seguirle, el valor que su amor a los hombres representa, y por el cual se entregan sus discípulos a él —a este amor encarnado en Jesús— con confianza. Esa entrega es la fe, y de ella deriva todo.

La Jerarquía es un servicio a la fe de los fieles, para que esta creencia tenga una vida. El creyente no es ya sólo un buen fiel, ni un buen oyente: es un elemento básico y primordial de la Iglesia, con un puesto activo y responsable en ella, pues, a partir de él —en cuanto creyente— es como todo se estructura: clero, Obispos y Papa están a su servicio, y al servicio de los hombres, pero no deben ser ni una estructura de poder ni de dominio.

Por eso mismo, la reflexión religiosa del hombre debe partir de esa realidad y no de unos principios abstractos externos.

Sin duda el católico revisa sus reflexiones a la luz de las enseñanzas de su Iglesia. Es natural. Pero lo hace para recibir ayuda —servicio— y no imposición. La intervención de la Iglesia es un estímulo a pensar más profundamente, pero no puede sustituirse la autoridad al ejercicio personal de mi propia crítica. Esta última siempre es necesaria.

por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Por eso me ha resultado tan ilustrativo el artículo de Schoonenberg sobre la Eucaristía. Es va-

liente pero razonable. No es demagógico, sino revolucionario.

En lo religioso, los que más hacen por su renovación, no son los demagogos que pretenden sólo demoler sin consecuencias positivas, sino el que busca —mediante la crítica sincera y a fondo— limpiar el camino para conseguir una valoración de lo que es positivo en el sendero hacia una religión que sea adecuada para una sociedad democrática. Para esta sociedad democrática y social que aflora en el mundo de hoy.

Así hace Schoonenberg con la Eucaristía. No pretende derrocar nuestra legítima creencia católica. Pero, eso sí, se pregunta con total sinceridad qué es lo que significa para un hombre de la segunda mitad del siglo XX esta creencia.

Veamos lo que él piensa.

EL 3 de septiembre de 1965, Pablo VI publicó una encíclica sobre «El misterio de la Fe». Y de una manera inesperada, cuando iba a comenzar la última sesión del Concilio, hizo público este documento doctrinal.

La actitud de reserva y respeto hacia el Concilio, que había mantenido celosamente hasta entonces, fue rota por aquel escrito del Papa.

Inmediatamente surgieron las cábalas. Las corrientes de pensamiento religioso de los holandeses parecían claramente condenadas por el Pontífice. Y, sin embargo, el Cardenal Alfrink, en nombre de la Jerarquía holandesa, aclaró que no se podía referir el Papa a los teólogos que investigaban sin que tuviera ninguna reticencia contra ellos el episcopado holandés, lo mismo que dijo oficialmente el Vaticano poco después.

Lo que ocurría es que algunos teólogos neerlandeses habían sustituido la idea del cambio de sustancia —o transustanciación— en la Eucaristía, por otra más de acuerdo con nuestra actual manera de pensar. La presencia real de Cristo no era interpretada por ellos ingenuamente, sino con términos que dijese algo a los hombres de hoy.

Sustancia para muchos es actualmente algo así como la consistencia material de un objeto. De aquí que, cuando se afirma hoy que la sustancia de Cristo está presente en el altar, se materialice su presencia y se dé la sensación de creer que allí está como algo localizado y encerrado dentro del pan.

Y, por si fuera poco, se refieren milagros —acaecidos casi todos en la Edad Media— contando la aparición de Cristo como un niño en la hostia consagrada, o con su sangre manando de ella, cuando un blasfemo la pisoteaba.

Con eso se pretendía demostrar que había en la hostia una presencia real.

Pero no se dan cuenta, quienes así proceden, que esto no hace sino confundir la mente del fiel creyente, dándole una visión del sacramento totalmente falsa.

Estos teólogos actuales —y otros muchos de la antigüedad— explican muy claramente que si yo toco una hostia, no establezco con ello ningún contacto físico con Jesús: allí no está localizado Cristo, sino el pan físico demostrable cuando se hiciera un simple análisis químico.

«En el Santo Sacramento sólo por el espíritu alcanzamos el Cuerpo de Cristo», dice el teólogo suizo Mauricio Zundel. Porque «el cuerpo de Cristo, según está en este sacramento, no puede ser visto por ojo corporal alguno, no es perceptible ni por el ojo, ni por el sentido, ni **SIGUE**



«Sabor»
TONICA
WILSON



Wilson tiene un sabor especial, suave y delicado y, al mismo tiempo, intenso y profundo. Vd. lo nota, sorbo a sorbo, más agradablemente cada vez y Vd. se va sintiendo cada vez más satisfecho de beberla. Por eso, cuando Vd. bebe una Wilson saborea un nuevo placer de tónica.

fabricada y embotellada con licencia de WILSON LIM. FABR. N. V. (HOLLAND)

¿CONTROVERSIAS ESCANDALOSAS?

por la imaginación, sino sólo por el entendimiento» (Santo Tomás, S. T. III q. 76). «La presencia de Jesús en el Sacramento es más real —sin embargo— que nuestra presencia en una habitación, pero no es una presencia local» (M. Zundel, Búsqueda del Dios desconocido).

«En las visiones llamadas milagros, se dice ver el niño o el hombre manando sangre... lo cual no concuerda con el estado glorioso de Cristo en los cielos» (J. Montánchez, La Eucaristía). Por eso estos milagros nada demuestran, porque en ellos hay una contradicción manifiesta entre lo que creemos del Cristo real, y lo que allí se pretende hacer presente en el hecho milagroso. La mayoría de los teólogos —Suárez, Pesch, Billot— piensan que, al no ser posible teológicamente ver el Cuerpo de Cristo, la aparición es sólo una figura o imagen. ¿Cuál es entonces —se pregunta un espíritu sinceramente crítico— la demostración que pueden producir tales maravillosismos?

Cristo, además, no puede padecer ni sufrir, aunque una hostia fuera maltratada o pisoteada, porque en ella no ocupa un lugar, no está Cristo localizado (S. Buenaventura), sino que está como el espíritu se encuentra en el cuerpo, vivificándolo todo él, a modo de una fuerza que lo organiza y vivifica. El Cuerpo de Cristo está allí ciertamente, pero sin dimensión externa alguna actual (Cardenal Lugo); se encuentra «con una presencia admirable y única, que llamamos sacramental» (J. Montánchez), porque no es ni local, ni situacional, ni espacial (idem). El cuerpo y la sangre de Cristo están sacramentalmente, con el pan, como signo eficaz de esta presencia real, pero distinta de las presencias locales o espaciales que conocemos.

Cuando partimos la hostia, por ejemplo, no se divide Cristo, sino sólo su signo, que es el pan.

Y algunos teólogos holandeses han llamados con toda legitimidad a la realidad que se produce, y que explica estos hechos, «transignificación».

II OY los símbolos no son ya simples ficciones para los filósofos. La filosofía ha descubierto que el símbolo es muchas veces algo real y no una ficción. El beso es un signo real, expresivo del amor. La cara es signo del alma: es el alma encarnada en una expresión, única en cada ser humano. Son signos eficaces del amor, cuando en el beso o en la cara se percibe el gesto que lo expresa. Son signos comunicativos, como pensamos hoy que debe ser la Eucaristía, porque podemos decir, con toda verdad, que el pan físico-químico no cambia. Lo que cambia es su significado, porque en él se da una nueva presencia, porque expresa eficazmente la comunión —con comunidad de ideales y vivencias— con Cristo y con los cristianos, sean conscientes o anónimos. «La encíclica *Mysterium Fidei* sólo denuncia como inadecuados un simbolismo y un cambio en el significado, que excluyan una presencia real y, por consiguiente, un cambio real, sustancial, del pan y del vino», afirma Schoonenberg. Si el simbolismo y la transignificación mantienen un realismo auténtico, no son condenados por la encíclica del Papa. Incluso este último dice bien claro que al usar la antigua palabra «transustanciación», que hoy tan mal se entiende, lo que decimos es que «no cabe duda que la apariencia de pan y la apariencia de vino, asume un nuevo significado y una finalidad nueva, pues ya no son pan y vino comunes, sino el signo de algo sagrado y el signo de un alimento espiritual. Pero asumen un significado nuevo, y una finalidad nueva, precisamente porque contienen una realidad nueva».

Por eso parecerá bien razonable que un médico católico vienés, el doctor Niedermayer, diga «la mayoría de los casos de hostias sangrantes se explican de un modo absolutamente natural con la presencia de colonias de *Bacillus prodigiosus*». Un bacilo, y no un milagro semi-supersticioso y doctrinalmente erróneo, es la explicación de ese fenómeno sorprendente. Porque la doctrina católica —la de sus pensadores mejores— no favorece la milagrería y la superstición, sino todo lo contrario.

El inteligente Cardenal Nicolás de Cusa, al finalizar la Edad Media, prohibió, por eso, en nombre de la Santa Sede y en diferentes ocasiones, las peregrinaciones a los lugares donde se guardaban hostias milagrosas.

Saber todo esto, para evitar los errores y supersticiones en la práctica religiosa, ¿es acaso escandaloso?

E. M. M.

Chesterfield con filtro

Alguien
tenía que
poner
verdadero
sabor en un
cigarrillo
con filtro.

Lo hizo
Chesterfield.



Un producto de Liggett & Myers importado directamente de U.S.A.